**La corrupción de la verdad (José Ramón Ayllón).[[1]](#footnote-1)**

1. OPINIONES Y CERTEZAS.

A lo lejos se ve una figura humana… ¿O es quizá un árbol? No lo sé. Ahora parece que se mueve; sí… creo que se está acercando. ¿Es hombre o mujer? Imposible, a esta distancia.

El convencimiento que un hombre posee sobre la verdad de sus conocimientos admite grados. El más bajo se llama duda, y consiste en fluctuar entre la afirmación y la negación de una determinada proposición, sin inclinarse hacia un extremo de la alternativa más que hacia el otro. Por encima de la duda está la opinión: adhesión a una proposición sin excluir la posibilidad de que sea falsa. Por tanto, es un asentimiento débil.

La opinión es una estimación ante lo contingente, ante aquello que puede ser o no ser, ser de una forma o de otra. El hombre se ve obligado a opinar porque la limitación de su conocimiento le impide alcanzar siempre la certeza (puede llover o no llover; puedo morir dentro de dos, doce, treinta años…). La libertad humana es otro claro factor de contingencia.

Por eso, hablar sobre la configuración futura de la sociedad o de nuestra propia vida, es entrar de lleno en el terreno de lo opinable. Lo cual no significa que todas las opiniones valgan lo mismo. Si así fuera, se ha dicho maliciosamente que habría que tener muy en cuenta la opinión de los tontos, pues son mayoría. Séneca decía que las opiniones no debían ser contadas sino pesadas.

No todo es opinable. Lo que se conoce de forma inequívoca no es opinable sino cierto. Por tanto, no puedo tomar lo cierto como opinable, ni viceversa: no puedo opinar que la Tierra es mayor que la Luna, ni asegurar con certeza que la República es la mejor forma de gobierno.

La certeza se fundamenta en la evidencia, y la evidencia no es otra cosa que la presencia patente de la realidad. La evidencia es mediata cuando no se da en la conclusión sino en los pasos que conducen a ella. No conozco a los padres de Antonio, pero la existencia de Antonio evidencia la de sus padres, la hace necesaria. La existencia de Antonio, al que veo todos los días, es para mí una certeza inmediata; la existencia actual o pasada de sus padres, a los que nunca he visto, también me resulta evidente, pero con una evidencia no directa sino mediata, que me viene por medio de su hijo.

La condición limitada del hombre hace que la mayoría de sus conocimientos no se realice de forma inmediata. Son pocos los hombres que han visto las moléculas, los fondos marinos, la estratosfera o Madagascar. La mayoría de los hombres tampoco ha visto jamás, ni verá nunca, a Julio César o a Carlomagno. Sin embargo, conocen con certeza la existencia de esas y otras muchas personas y realidades.

Su certeza se apoya en un tipo de evidencia mediata: la proporcionada por un conjunto unánime de testigos. En un caso, la comunidad científica; en otro, las imágenes de todos los medios de comunicación; y si se trata de hechos o personajes del pasado, los testimonios elocuentes de la Historia y de la Arqueología.

Estas evidencias mediatas se apoyan no en propios razonamientos, sino en segundas o terceras personas. Si no admitiéramos su valor, la ciencia no progresaría, no existiría la enseñanza, apenas se viajaría, leer no tendría sentido… Es decir, si sólo concediésemos valor a lo conocido por uno mismo, la vida social, además de estar integrada por individuos ignorantes, sería imposible. Por tanto, es necesario y razonable dar crédito, creer. ¿Puede tener certeza quien cree? Sabemos que la certeza nace de la evidencia. ¿Qué evidencia se le ofrece al que cree? Sólo una: la de la credibilidad del testigo. El que no ha estado en América cree en los que sí han estado y atestiguan su existencia. El que nunca ha visto a Hitler cree a los que sí lo vieron. Y antes que Hitler, Napoleón, el Cid o Nerón. En todos estos casos es evidente la credibilidad de los testigos. Y entre esos casos debemos incluir los que dan origen a algunas creencias religiosas. Por eso, la fe —creer el testimonio de alguien— es una exigencia racional, y su exclusión es una reducción arbitraria de las posibilidades humanas.

2. SUBJETIVISMO Y VERDAD.

La verdad es la adecuación entre el entendimiento y la realidad. Por eso depende más de lo que son las cosas que del sujeto que las conoce. Ese sentido tienen los versos de Antonio Machado:

¿Tu verdad? No, la Verdad, y ven conmigo a buscarla. La tuya, guárdatela.

Es el sujeto quien debe adaptarse a la realidad, reconociéndola como es, de forma parecida a como el guante se adapta a la mano. El subjetivismo surge precisamente cuando la inteligencia prefiere ahorrarse el esfuerzo o el disgusto de ver las cosas como son, y decide colorear la realidad según sus propios gustos: y entonces la verdad ya no se descubre en las cosas, sino que se inventa a partir de ellas.

El terreno preferido del subjetivismo es el de los propios intereses. Con frecuencia, la atracción de la comodidad, de la riqueza, del poder, de la fama, del éxito o del placer, puede tener más peso que la propia verdad. Por eso, si suspendo un examen, nunca será por no haberlo estudiado, sino por mala suerte o exigencia excesiva del profesor. Y si suspende un niño, mamá jamás dudará de la capacidad de la criatura; antes pondrá en duda la idoneidad del profesor o del libro de texto, o asegurará que su hijo es listísimo aunque «algo» vago y despistado.

El subjetivismo, además de afectar a lo más trivial, también deforma las cuestiones más graves:

– El terrorista está convencido de que su causa es justa.

– La mujer que aborta quiere creer que sólo interrumpe el embarazo.

– El suicida se quita la vida bajo el peso de problemas agigantados por una subjetividad enfermiza.

– El Estado totalitario se autodenomina Democracia Popular.

– Al antiguo defensor de la esclavitud y al moderno racista les conviene pensar que los hombres somos esencialmente desiguales.

Para que la verdad sea aceptada es preciso que encuentre una persona habituada a buscar el bien y rechazar el mal, como la buena tierra es necesaria para que la semilla germine. Y el que vive según sus exclusivos intereses suele carecer de la fortaleza necesaria para afrontar el compromiso de la verdad. De aquella fortaleza que empapa la declaración del filósofo griego: Soy amigo de Platón, pero soy más amigo de la verdad.

Pero al hombre no le resulta fácil hacer o pensar lo que no debe. Por eso, para evitar esa violencia interna, si se vive de espaldas a la verdad, se acaba en la autojustificación. La historia humana es una historia plagada de autojustificaciones más o menos pobres. Ya decía Hegel que todo lo malo que ha ocurrido en el mundo, desde Adán, puede justificarse con buenas razones. Al menos, puede intentarse.

Lo que queremos decir es que la deformación subjetivista es voluntaria: Fui mahometano en Egipto y soy católico en Francia, decía Napoleón. El subjetivismo es casi siempre la coartada para una conducta deliberadamente equivocada, como manifiesta Dante al principio de la Divina Comedia: Un mal amor me hizo ver recto el camino torcido. O como lo describe, hecho de vida real, Cervantes:

—¿Es vuestra merced, por ventura, ladrón?

—Sí —respondió él—, para servir a Dios y a las buenas gentes (…).

A lo cual respondió Cortado:

—Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir a Dios y a la buena gente.

A lo cual respondió el mozo:

—Señor, yo no me meto en teologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar a Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio a todos sus ahijados.

—Sin duda —dijo Rincón—debe ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan a Dios.

—Es tan santa y buena —replicó el mozo—, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. Él tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa o limosna para el aceite de la lámpara de una imagen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra (…). Tenemos más: que rezamos nuestro rosario, repartido en toda la semana, y muchos de nosotros no hurtamos el día del viernes.

Cervantes (Rinconete y Cortadillo).

3. CARÁCTER CONTRADICTORIO DEL SUBJETIVISMO.

El subjetivismo suele ser relativista y escéptico, porque piensa que la verdad depende del hombre, que es tanto como decir que ese hombre no es capaz o no quiere conocer lo que las cosas son realmente. Por contraste, la conclusión del subjetivista es dogmática: «yo soy la verdad». Pero la primera consecuencia de esta postura es absurda: o todos tenemos la verdad y nos contradecimos, o no la tenemos ninguno (y si esto último es verdad, ya hay una verdad).

«Protágoras pretendía que el hombre es la medida de todas las cosas, lo cual quiere de ir —comenta Aristóteles— que todas las cosas son, en realidad, tales como a cada uno le parecen. Pero si así fuera, resultaría que la misma cosa es y no es, que es a la vez buena y mala, y que todas las demás afirmaciones opuestas son igualmente verdaderas.»

Muchos siglos más tarde, la filosofía idealista alemana también afirmará que no conocemos la realidad como es, sino reflejada en el estanque de nuestro conocimiento. Sin embargo, ya observó Aristóteles que si entendiésemos solamente el producto de nuestro conocimiento, ninguna ciencia versaría sobre las realidades exteriores; de donde se seguiría que la técnica —ciencia aplicada— no podría existir. Pero ocurre justamente lo contrario.

Aunque es claro que nuestro conocimiento no agota la realidad, no se puede negar que conocemos muchas verdades. Verdades incompletas, como la punta emergente que vemos del iceberg. Cuando Kant niega la posibilidad de todo conocimiento objetivo, uno de sus críticos escribe que «la refutación más decisiva de esta extravagancia filosófica, como de todas las demás, es la práctica, sobre todo la experiencia y la técnica. Si podemos comprobar la exactitud de nuestra concepción de un fenómeno natural creándolo nosotros mismos, produciéndolo con la ayuda de sus condiciones y —lo que es más— haciéndolo servir para nuestros fines, acabaremos con la cosa en sí, incognoscible, de Kant».

Por otra parte, la experiencia del error no demuestra que nuestro conocimiento no alcance la verdad, sino justamente lo contrario: apreciamos lo erróneo en comparación con lo verdadero, ya que si todos fueran errores no nos daríamos cuenta.

Otro argumento lo aporta la existencia del lenguaje. El hecho de hablar es un fenómeno universal e innegable, y significa al menos tres cosas: la existencia de un yo, de un tú, y de un ello objetivo. Si lo entendido por dos interlocutores fuera sólo subjetivo, no habría posibilidad de entendimiento. La misma discusión es prueba de algo objetivo sobre lo que se discute, y prueba irrefutable de que estamos ciertos de la existencia de una verdad que, al tiempo que nos trasciende, nos resulta alcanzable.

Por lo dicho, resulta paradójica cualquier condena de la razón, pues no puede proceder sino de la misma razón, que afirma en esa crítica su propio valor racional. Por eso se dice que quien trata de asesinar la razón la resucita.

4. LA VERDAD NO DEPENDE DE LA MAYORÍA.

La verdad es la realidad. No consiste en la opinión de la mayoría, ni en el común denominador de las diferentes opiniones. Por eso, esgrimir como supremo argumento lo que hace o piensa la mayoría de la gente constituye una pobre excusa: puede ser la coartada de la propia fragilidad o del propio interés. Además, invocar la mayoría como criterio de verdad equivale a despreciar la inteligencia. Unas palabras de Fromm lo expresan de forma contundente:

El hecho de que millones de personas compartan los mismos vicios no convierte esos vicios en virtudes; el hecho de que compartan muchos errores no convierte éstos en verdades; y el hecho de que millones de personas padezcan las mismas formas de patología mental no hace de estas personas gente equilibrada.

Es un gran error confundir la verdad con el hecho puro y simple de que un determinado número de personas acepten o no una proposición. Si se acepta esa identificación entre verdad y consenso social, cerramos el camino a la inteligencia y la sometemos a quienes pueden crear artificialmente ese consenso con los medios que tienen a su alcance. Es como decir que ya no existe la verdad, y que se debe considerar como tal aquello que decide quien tiene poder para imponer mayoritariamente su opinión.

(En la versión de Shakespeare, el discurso de Bruto al pueblo romano, justificando el asesinato de Julio César, es plenamente convincente; y el pueblo es convencido. Lo inquietante es pensar que nosotros también hubiéramos aplaudido a Bruto; de hecho, aceptamos e incluso defendemos acaloradamente los argumentos inverosímiles de muchos Brutos intelectuales y políticos de nuestros días.)

La mentira se puede imponer de muchas maneras, y no sólo con la complicidad de los grandes medios de comunicación. Sin ellos alcanzó a Sócrates hace más de dos mil años:

Sí, atenienses, hay que defenderse y tratar de arrancaros del ánimo, en tan corto espacio de tiempo, una calumnia que habéis estado escuchando tantos años de mis acusadores. Y bien quisiera conseguirlo (…), mas la cosa me parece difícil y no me hago ilusiones (…). Intrigantes, activos, numerosos, hablando de mí con un plan concertado de antemano y de manera persuasiva, os han llenado los oídos de falsedades desde hace ya mucho tiempo, y prosiguen violentamente su campaña de calumnias.

Sócrates representa la situación del hombre aislado por defender verdades éticas fundamentales. Pertenece a esa clase de hombres apasionados por la verdad e indiferentes a las opiniones cambiantes de la mayoría. Hombres que comprometieron su vida en la solución a este problema radical: ¿Es preferible equivocarse con la mayoría o tener razón contra ella?

5. LA MULTINACIONAL DEL TÓPICO.

Los tópicos son ideas simples ampliamente difundidas. Son tópicos el trabajo eficiente de los japoneses, la perfección técnica de los alemanes, el buen fútbol brasileño, el humor inglés, la gracia andaluza, y otros muchos.

El éxito de los tópicos consiste en expresar sencillamente una idea sencilla. Sin embargo, las ideas sencillas también pueden ser falsas: para muchos norteamericanos, los españoles somos toreros o guitarristas, y todas las españolas bailan flamenco.

Normalmente la realidad es compleja, difícil de racionalizar en esquemas simples, pero los medios de comunicación y las campañas publicitarias necesitan simplificarla para hacerla comprensible al gran público: así triunfan a veces esas ideas ridículamente caricaturescas.

Cuando se transmiten altos contenidos culturales o éticos, la simplificación a costa de la verdad suele acarrear peligrosas consecuencias. Así, por ejemplo, el marxismo hizo creer que todo obrero era buena persona por el hecho de ser obrero, y que todo empresario era odioso por la misma razón (era la simplificación de la lucha de clases). También simplifica quien equipara el consumo de drogas blandas con el mero hábito de fumar; o el que identifica política y corrupción, deporte de elite y dopping, etc. Como se ve, muchos tópicos se encuentran en los cimientos de la cultura media ambiental, y suponen un alimento intelectual de fácil digestión. Pero en la medida en que se expresan errores o medias verdades, su nivel de aceptación es equivalente a su nivel de manipulación. Los tópicos han existido siempre, pero actualmente se diría que su proliferación parece producida por una implacable multinacional. Éstos son algunos de sus mejores productos:

I. El mito del progreso. Decía Miguel Delibes, en su discurso de ingreso a la Real Academia, que nuestra sociedad pretendidamente progresista es, en el fondo , de una mezquindad irrisoria. En primer lugar por el escandaloso contraste entre una parte de la humanidad que vive en el delirio del despilfarro mientras otra parte mayor se muere de hambre.

Afirmaba Delibes que los carriles del progreso se montan sobre la idea de provecho, y que el dinero se antepone a todo. Así, «al teocentrismo medieval y al antropocentrismo renacentista ha sucedido un objeto-centrismo que, al eliminar todo sentido de elevación en el hombre, le ha hecho caer en la abyección y la egolatría». El discurso alcanza quizá su nota más grave en la conclusión: si el progreso debe generar las secuelas inhumanas que observamos en nuestras sociedades más adelantadas, «yo gritaría ahora mismo, con el protagonista de una conocida canción americana: ¡Que paren la Tierra, quiero apearme!».

II. Galileo. Todo el mundo sabe que, en la Edad Media, la Inquisición condenó a Galileo a morir en la hoguera por sostener que la Tierra era redonda. Sin embargo, Galileo no fue jamás condenado a morir, y menos en la hoguera, y mucho menos por una redondez conocida desde los griegos y demostrada por Magallanes y Elcano.

Además, Galileo fue contemporáneo de Descartes, es decir, la Edad Media había terminado 200 años antes.

III. La oscura Edad Media. Como se ve, la Edad Media da para mucho. En ella no dejó de salir el sol, pero se dice que era oscura en otros sentidos: por lo poco que sabemos, por lo poco que nos dejó, por lo brutal del sistema feudal, por su incultura…

Sin embargo, la historia medieval es incomparablemente más conocida que la historia antigua, aunque a ésta nadie la llame oscura. Además, sólo por una completa y sospechosa ceguera se puede calificar de inculta a la época que crea la Universidad. ¿No reconocemos como joyas únicas las catedrales góticas? ¿Puede ser producida su belleza por hombres rudos? ¿Se pueden levantar, sin conocimientos de matemática y geometría, bóvedas de piedra por encima de los treinta y cuarenta metros, destinadas a durar cientos de años?

Por otra parte, aunque feudal rime con brutal y bestial, el feudalismo no tiene nada que envidiar a la esclavitud persa, egipcia, griega o romana. Además, los récords de crueldad que se atribuyen a la Edad Media empezaron a ser pulverizados a partir de la Revolución Francesa. Es el marxismo quien ha sido calificado como la más grande empresa carcelaria de la humanidad, y Paul Johnson ha escrito en The Times que «desde 1900, y a instancias del Estado, se ha acabado con más vidas humanas que en toda la historia de la humanidad».

IV. El dinero público para la escuela pública. Se trata de un tópico apoyado en la fuerza de un buen eslogan, y presenta un claro ejemplo de doble lenguaje. Público significa al principio todos, y al final, algunos. En realidad, se está diciendo que el dinero de todos ayude sólo a algunos. Sin embargo, el dinero público (los impuestos) procede de todos los bolsillos privados. Y la mal llamada enseñanza privada es un servicio público semejante a un hotel, a un supermercado o a una zapatería: tan pública como cualquier escuela pública. Sería mejor una nueva denominación: enseñanza estatal y no estatal, ya que ambas son igualmente públicas. Y el nuevo eslogan debería proponer un reparto entre todos del dinero de todos.

6. FORMAS Y FINES DE LA MANIPULACIÓN.

Manipular es presentar lo falso como verdadero, lo negativo como positivo, lo degradante como beneficioso. En cualquier sociedad se da una general apetencia hacia dos objetos: el poder económico y el poder político. Ambas formas de poder, cuando se absolutizan, utilizan la manipulación para convertir a las personas en súbditos o en consumidores, en posibles votantes o compradores.

El «pan y circo» de los romanos es quizá el primer ensayo de manipulación de masas con éxito. Entonces y ahora, las campañas que ofrecen el anzuelo de la diversión y del placer tienen a su favor un plano inclinado cada vez más difícil de remontar por el que empieza a deslizarse en él. Entonces y ahora, el hombre es convertido en pobre hombre, porque las ramas del deseo le impiden ver el bosque lleno de posibilidades de su vida.

La manipulación de la sexualidad, que está en la base de un comercio pornográfico enormemente rentable, es uno de los ejemplos más claros. Por medio de revistas, diarios, libros, radio, cine, televisión y teatro, se impone la idea de que el placer sexual —conseguido por cualquier medio y a cualquier edad— es necesario, lo único realmente humano, el auténtico fin del hombre.

Algunos grupos políticos no son ajenos a esta manipulación. Se preocupan de suministrar a la sociedad la dosis de «carne» suficiente para mantener despierta la sensibilidad animal de los ciudadanos. Así, alimentados artificialmente los instintos, la persona concentra su atención en ese punto, como el animal en su comida o en su apareamiento. Para el político obsesionado por el afán de poder, animalizar la sociedad tiene una ventaja clara: un rebaño es mucho más fácil de manejar que un conjunto de hombres libres. Lenin prometió a los dictadores comunistas que, si lograban este tipo de corrupción, la sociedad caería en sus manos como fruta madura.

Existe una forma de manipulación propia de nuestro siglo: se trata —en palabras de Miguel Delibes— de un juguete para adultos que influye en la manera de pensar. Quizá el juguete moderno con más éxito y que suministra el único alimento intelectual de un elevadísimo porcentaje de seres humanos. La difusión de consignas —sigue diciendo el escritor—, la eliminación de la crítica, la exposición triunfalista de logros parciales o insignificantes y la misma publicidad subliminal, van moldeando el cerebro de millones de televidentes que, persuadidos de la bondad del sistema, o simplemente fatigados, pero, en todo caso, incapacitados para pensar por su cuenta, terminan por hacer dejación de sus deberes cívicos, encomendando al Estado-Padre hasta las pequeñas responsabilidades comunitarias.

Los hombres que trabajan para este medio de comunicación son con frecuencia los primeros en lamentar su poder degradante. Vittorio Gassman declaraba a la prensa que “la televisión trata de agradar a millones de personas, y por eso no puede evitar ser una gigantesca estupidez. Las jóvenes generaciones no leen, no estudian, no se instruyen, creen aprenderlo todo en la pantalla. La televisión parece que ha sustituido a la realidad. Es una gran mentira, un espejismo peligroso, una auténtica máquina di merda.”

Un joven estudiante de Periodismo, con humor e ironía, exponía su punto de vista en estos términos: David desconectó el televisor, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo al pensar que el aparato pasaría la noche apagado. Sin embargo, estaba contento. Había decidido comprarse aquellos pantalones que había visto en el anuncio de las seis y veinte; el jabón que anunciaban en el intermedio de la película era estupendo, y las gafas de Larry Hagman le habían recordado lo mucho que molestaba el sol al salir a la calle. Se compraría unas. A la mañana siguiente, mientras desayunase con la misma leche descremada que Jane Fonda, y con los bizcochos que estaban en todas las vallas publicitarias, camino de la oficina, David se felicitaría a sí mismo por su buen criterio para elegir siempre lo mejor, sin dejarse engañar.

La televisión, obligada normalmente a comprimir muchas noticias en poco tiempo, se apoya en la imagen para «explicar» lo que sólo se puede explicar con palabras. Cae así en un tipo de manipulación muchas veces involuntaria, perfectamente descrita por Bill Moyers:

Entré en la oficina del noticiario vespertino, donde todos eran amigos míos y buenos profesionales. Me introduje en la «pecera», la cabina rodeada de cristales desde donde se controlan esos noticiarios de la CBS. Todos veían en el monitor el reportaje vía satélite de un corresponsal en el Medio Oriente. Aquello era extraordinariamente fílmico, con gran fuerza visual. Un productor dijo: eso no es una noticia. Otro opinó: pero parece que lo es. El productor ejecutivo concluyó: entonces sí es noticia. Esto es lo peligroso: como se cuenta con muy poco tiempo, la imagen, lo visual, sustituye al planteamiento complicado que requeriría una explicación verbal.

La forma más clara de manipulación es la mentira. En 1983, Fidel Castro dirigía estas palabras a un grupo de periodistas franceses y norteamericanos: Nosotros no tenemos ningún problema de derechos humanos: aquí no hay desaparecidos, aquí no hay torturados, aquí no hay asesinados.

Hay mentiras light, pero también hay mentiras sangrientas. En Francia, la campaña a favor de la legalización del aborto manejó cifras falsas. Oficiosamente ya se sabía. Oficialmente lo reconoció doce años más tarde el Instituto Nacional de Estudios Demográficos. La realidad del aborto masivo y clandestino, empleada insistentemente en la campaña, no existía, pero fue «creada» por el simple procedimiento de afirmar que existía. El número real fue multiplicado por cuatro y el error se convirtió en astronómico.

Las mentiras más suaves son los eufemismos: invidente por ciego, desempleo por paro, tercera edad por vejez, económicamente débiles en lugar de pobres, internos en lugar de presos, aborto convertido en interrupción del embarazo, dictaduras bautizadas como democracias populares, y un larguísimo etcétera. Además, hay palabras como verdad, paz, libertad, justicia… que no tienen un sentido fijo. Dice Larra que hay quien las entiende de un modo, hay quien las entiende de otro; hay, por fin, quien no las entiende de ninguno. Con ellas no hay discurso que no se pueda sostener, no hay cosa que no se pueda probar, no hay pueblo a quien no se pueda convencer.

La tentación de manipular es constante porque el afán de dominio y la tendencia a la autojustificación también lo son. Cervantes lo sabía, y delicadamente nos avisa de que andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto, y según tienen la gana de favorecemos o destruirnos; y así, eso que a ti te parece bacía de barbero me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa. El eufemismo es cervantino: «encantadores».

SHAKESPEARE: razones en torno a un asesinato.

BRUTO: Si hubiese alguno en esta asamblea que profesara entrañable amistad a César, a él le digo que el afecto de Bruto por César no era menor que el suyo. Y si entonces ese amigo preguntase por qué Bruto se alzó contra César, ésta es mi contestación: «No por que amaba a César menos, sino porque amaba a Roma más.»

¿Preferiríais que César viviera y morir todos esclavos, a que esté muerto César y todos vivir libres? Porque César me apreciaba, le lloro; porque fue afortunado, le celebro. Como valiente, le honro, pero por ambicioso le maté. Lágrimas hay para su afecto, júbilo para su fortuna, honra para su valor, muerte para su ambición.

¿Quién hay aquí tan abyecto que quiera ser esclavo? ¡Si hay alguno, que hable, pues a él he ofendido! ¿Quién hay aquí tan estúpido que no quiera ser romano? ¡Si hay alguno, que hable, pues a él he ofendido! ¿Quién hay aquí tan vil que no ame a su patria? ¡Si hay alguno, que hable, pues a él he ofendido! Aguardo una respuesta.

TODOS: ¡Nadie, Bruto, nadie!

BRUTO: ¡Entonces, a nadie he ofendido! ¡No he hecho con César sino lo que haríais con Bruto! Los motivos de su muerte están escritos en el Capitolio. No le quitamos la gloria que merecía, ni exageramos las culpas por las que ha sufrido la muerte (…)

1. Extracto de su libro *En torno al hombre* (Madrid: Rialp). [↑](#footnote-ref-1)